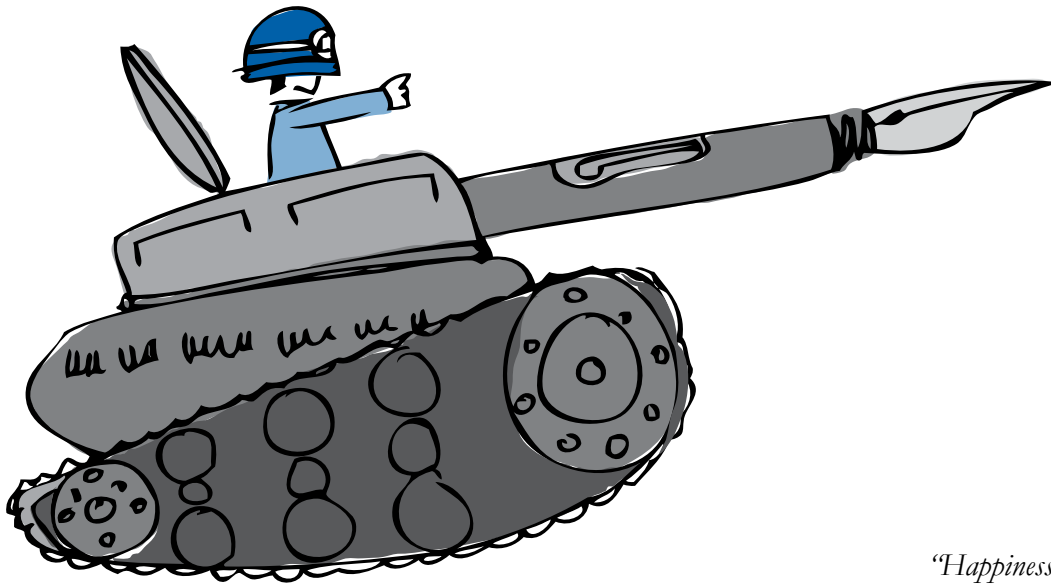


La guerra en tiempos de Paz: una batalla por las letras

J. Nahún Senties Graham / Carlos Castillo



"Happiness is a Warm Gun"
Lennon / McCartney

“¿Alcanzaremos al fin la verdadera modernidad, que no es únicamente democracia política, prosperidad económica y justicia social sino reconciliación con nuestra tradición y con nosotros mismos?”, se preguntaba el poeta oriundo de Mixcoac, en la última década del siglo pasado, poco antes de su muerte. Octavio Paz fue uno de los más grandes poetas de Hispanoamérica. No fue historiador ni sociólogo ni politólogo: era un poeta. Sus escritos en prosa están estrechamente asociados a su vocación literaria y a sus aficiones artísticas. Prefería hablar de Marcel Duchamp o de Juan Ramón Jiménez que de Locke

o de Montesquieu, pero si tenía que referirse a ellos, lo hacía con la pericia de quien ha leído y está al tanto de las corrientes más antiguas y más actuales. La filosofía política siempre le interesó pero nunca intentó escribir un libro sobre la justicia, la libertad o el arte de gobernar. Sin embargo, publicó muchos ensayos y artículos sobre la situación de la democracia en nuestra época: los peligros externos e internos que la han amenazado y amenazan, las interrogaciones y pruebas a las que se sigue enfrentando hoy en día. En sus propias palabras: “Ninguna de esas páginas posee pretensiones teóricas; escritas frente al aconteci-

miento, son los momentos de un combate, los testimonios de una pasión. Su mismo carácter circunstancial y episódico me da, ya que no autoridad, sí legitimidad para hablar ante ustedes de la democracia. No van a oír a un pensador político sino a un testigo”.¹

Por eso, y en sentido opuesto de varios de los más

¹ “La democracia: lo absoluto y lo relativo”. Este ensayo fue leído por Paz el 27 de noviembre de 1991 en el marco del Pabellón español de la Feria de Sevilla, dando principio así al ciclo de conferencias que con el título de “El porvenir de la democracia” organizaron *Claves y Revista de Occidente*. En esa serie de conferencias participaron intelectuales como Isaiah Berlin, Claude Lévi-Strauss, Karl Popper, Mario Vargas Llosa y otros, así como destacadas figuras del ámbito político: Helmut Schmidt, Edward Shevardnaze, Jimmy Carter y Raúl Alfonsín.

brillantes hombres de su siglo, supo mantener una sana cercanía con la política. Sin predicar la abstención: “los intelectuales pueden ser útiles dentro del gobierno [...] a condición de que sepan guardar las distancias con el príncipe. Gobernar no es la misión específica del intelectual. El filósofo en el poder termina casi siempre en el patíbulo o como tirano coronado. Ahora bien, la crítica es inseparable del quehacer intelectual. En un momento o en otro, como don Quijote y Sancho con la Iglesia, el intelectual descubre que su verdadera misión política es la crítica del poder y de los poderosos”.²

Vale la pena celebrar sus aportaciones a la comprensión del cambio mexicano: la vigencia de los ensayos en los que Paz entendió los problemas de la política posrevolucionaria, anticipó los caminos de la democratización de México, previó con tanta claridad el ritmo de su cambio y el matiz de sus amenazas, al igual que otros grandes hombres del siglo XX mexicano, como José Vasconcelos, Reyes Heróles o Carlos Castillo Peraza. “Es vastísimo el aprecio a la obra de Paz y sus aportaciones a la democracia, y las discrepancias, por numerosas y significativas que sean, no impiden la continuidad ya sin fracturas del diálogo, abierto entre sus páginas”.³ En general, fue un

visionario de las faltas políticas que hoy padecemos.

Para Paz, lo que México necesita es una política de reconciliación nacional. Y sus ensayos critican tres rubros fundamentales: la corrupción, la ausencia de moral pública y las limitaciones que el patrimonialismo impone a la democracia. Subrayó que esa reconciliación la piden no sólo la moral sino también la sensatez. “Tan mala como la impunidad es la intolerancia. Lo que necesitamos para asegurar nuestro futuro es moderación, es decir, prudencia, la más alta de las virtudes políticas según los filósofos de la Antigüedad. México ha vivido siempre entre los extremos, la dictadura y la anarquía, la derecha y la izquierda, el clericalismo y el jacobinismo. Nos ha faltado casi siempre un centro y por eso nuestra historia ha sido un largo fracaso. La prudencia, natural enemiga de los extremos, es el puente del tránsito pacífico del autoritarismo a la democracia”. Paz supo medir con su prosa el ritmo de la democratización. Aprendió durante su paso por el servicio exterior mexicano las grandes hazañas de la democracia estadounidense (fue canciller en San Francisco en 1944 y en Nueva York en 1945), vivió la posguerra mundial y la gestación de la guerra fría en la Francia de Camus y Sartre (fue tercer secretario en París de 1945 a 1951), fue testigo de

los primeros años de la independencia india (fue segundo secretario en la embajada en la India de 1951 a 1952) y de la reconstrucción japonesa luego de la segunda guerra mundial (encargado de negocios *ad interim* en Japón en 1952; ese mismo año fungió como encargado *ad interim* de la delegación permanente de México ante la Oficina de Organismos Internacionales en Ginebra).

Con las palabras llenas de esas vistas, regresa a México en 1953, y en febrero de 1954 es ascendido al rango de primer secretario y nombrado subdirector y posteriormente director *ad interim* de la dirección de Organismos Internacionales de la Cancillería. En 1959 fue designado como encargado de negocios *ad interim* en Francia. Finalmente, en 1962 es nombrado embajador de México en la India, cargo al cual renunciaría en octubre de 1968 en protesta a la matanza de los estudiantes ocurrida en Tlatelolco por parte del gobierno, en un acto de congruencia ante el atropello de un gobierno que a todas luces demostraba su autoritarismo y con ello la fractura que representó ese año para el llamado hiperpresidencialismo.⁴

Paz renuncia con estas palabras: “Anoche, por la BBC de Londres me enteré de que la violencia había estallado de nuevo (en México). La prensa

² *Vuelta* 237, agosto 1996, pp. 34.

³ “Octavio Paz y la izquierda”, Carlos Monsiváis, *Letras*

Libres, abril de 1999.

⁴ Fueron pocos los que ante la masacre cometida levantaron la voz. Destacan el rotativo *Excelsior* de Julio Scherer y la álgida crítica espetada en la tribuna por el diputado panista Rafael Praeciado Hernández.

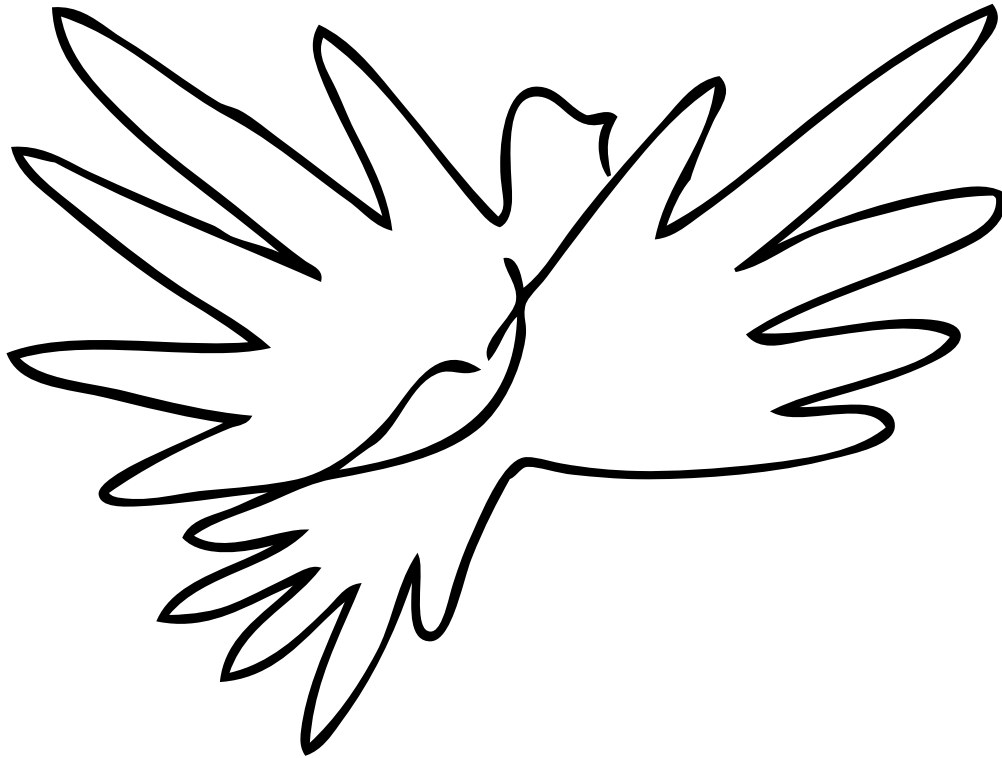
India de hoy confirma y amplía la noticia de la radio: las fuerzas armadas dispararon contra la multitud, compuesta en su mayoría por estudiantes. El resultado: más de veinticinco muertos, varios centenares de heridos y un millar de personas en la cárcel. No describiré a usted mi ánimo. Me imagino que es el de la mayoría de los mexicanos: tristeza y cólera. Desde hace veinticuatro años pertenezco al Servicio Exterior de México. He sido canciller, secretario de Embajada, Consejero, Ministro y Embajador. No siempre, como es natural, he estado de acuerdo con todos los aspectos de la política gubernamental, pero esos desacuerdos nunca fueron tan graves o tan agudos para obligarme a un examen de conciencia (...) Es verdad que el país ha progresado. Sobre todo en su sector desarrollado, constituido tal vez por más de la mitad de la población; también lo es que la clase obrera ha participado, aunque no en la medida deseable y justa, en ese progreso y que ha surgido una nueva clase media. Pero este adelanto económico no se ha traducido en lo que, me parece, debería haber sido su lógica consecuencia: la participación más directa, amplia y efectiva del pueblo en la vida política. Concibo esa participación como un diálogo plural entre el gobierno y los diversos grupos populares. Es un diálogo que, de antemano, acepta la crítica, la divergencia y la oposición. Pienso no sólo en el proce-

so electoral y en otras formas tradicionales y predominantemente políticas, tales como la pluralidad de partidos. Todo esto es importante pero no lo es menos que ese diálogo se manifieste, diariamente, a través de los medios de información y discusión: prensa, radio, televisión. Ahora bien, sea por culpa del Estado o de los grandes intereses económicos que se han apoderado en nuestro país de esos medios, el diálogo ha desaparecido casi por completo de nuestra vida pública. Basta leer a la prensa diaria y semanal de México en estos días para sentir rubor: en ningún país con instituciones democráticas puede encontrarse ese elogio casi totalmente unánime al Gobierno y esa condenación también unánime a sus críticos. No sé si estos últimos tengan razón en todo; estoy cierto de que no tienen acceso a los medios de información y discusión. Esta es, a mi juicio, una de las causas, tal vez la más importante, de los desórdenes de estos días (...) Ante los acontecimientos últimos, he tenido que preguntarme si podía seguir sirviendo con lealtad y sin reservas mentales al Gobierno. Mi respuesta es la petición que le hago llegar: le ruego que se sirva ponerme a disponibilidad, tal como lo señala la Ley del Servicio Exterior Mexicano. Procuraré evitar toda declaración pública mientras permanezca en territorio indio. No quisiera decir aquí, en donde he representado a mi país por más de seis años, lo que no

tendré empacho en decir en México: no estoy de acuerdo en lo absoluto con los métodos empleados para resolver (en realidad: reprimir) las demandas y problemas que ha planteado nuestra juventud". Carta fechada el 4 de octubre de 1968 y clasificada como "confidencial y personal", dirigida al entonces secretario de Relaciones Exteriores Antonio Carrillo Flores.

A partir de ese año Paz se centra en su propia obra, con lo que prosigue una labor que no dejó nunca de lado, hasta conformar un legado invaluable, que se manifiesta en ensayos que son un mosaico de reflexiones puntuales sobre los aspectos más diversos de nuestra época. Además, colaboró activa y constantemente en el impulso de la cultura a través de la fundación y participación en innumerables revistas, como *Taller*, *Plural* y *Vuelta*. Octavio Paz creyó en la libertad como valor absoluto: "La libertad, como idea, es el dominio de la filosofía. Pero se trata de un término que escapa a las definiciones; la disputa entre la libertad y el determinismo nació al mismo tiempo que el pensamiento filosófico y todavía sigue abierta".

*La libertad es alas,
es el viento entre hojas, detenido
por una simple flor; y el sueño
en el que somos nuestro sueño;
es morder la naranja prohibida,
abrir la vieja puerta condenada
y desatar al prisionero.*



*esa piedra ya es pan,
esos papeles blancos son gaviotas,
son pájaros las hojas,
y pájaros tus dedos: todo vuela.⁵*

La síntesis entre lo visto y lo vivido, entre las reflexiones del ensayista y la experiencia poética, da forma a un estilo que a través de lo cotidiano asciende a la poesía, para convertirse en lenguaje universal. No obstante, Paz voltea por igual hacia la *ladera este* del mundo y hacia su propio espacio, cierto de que es indispensable, primero, admirarse de las propias

piedras, para poder apreciar después las del mundo: los escritos reunidos bajo el título general de “México en la obra de Octavio Paz” son indispensables para comprender y valorar sus grandes aportaciones intelectuales a la construcción del Estado mexicano. Y es que, sin duda, para construir el México de hoy fueron necesarias batallas y gestas heroicas, combates y sangre, independencias y revoluciones que diezmaron a la población y dejaban tras de sí la ruina de un país que debía empezar de nuevo. En esos tiempos de paz, cuando la razón volvía a ocupar un sitio importante, el heroísmo se manifestaba de

otro modo: ahí están las brigadas por la educación del propio Vasconcelos, el Banco de México y la autonomía universitaria de Gómez Morin, la labor crítica del mismo Paz, convencido de que el liberalismo, el libre mercado, la competencia y la libertad de expresión eran preferibles a la cerrazón soviética, a la vía violenta de las revoluciones o a los intelectuales volcados a laurear y aplaudir las atrocidades del déspota en turno; fue Paz también el que, de manera complementaria, señaló las grandes carencias del régimen que acabaría por triunfar –democracia liberal–, convencido de que el desarrollo económico tenía que ir

⁵ Palabras en la inauguración y la clausura del Encuentro Internacional de Vuelta (México, 27 de agosto a 2 de septiembre de 1990).

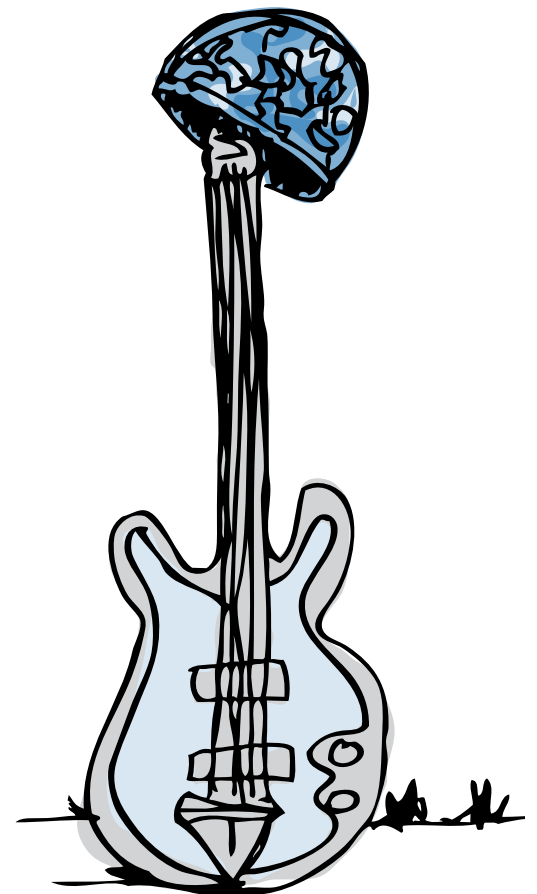
acompañado de una revaloración de la sociedad, en el sentido de que la solidaridad era tan necesaria como la libertad y la igualdad, siguiendo la terna de la Revolución francesa, y que sin aquélla sería imposible construir un mundo justo y responsable por quienes han quedado fuera o más lejanos del crecimiento social. El elemento por el que Paz abogaba fue la construcción de un “Estado cultural” que se enriqueciera con los nuevos valores alcanzados en el desarrollo social del país —democracia, tolerancia, pluralidad, transparencia, honestidad—, una cultura que dejara de lado la pistola al cinto y la canana para elegir el voto libre y el debate parlamentario, la cultura que hoy día seguimos construyendo los mexicanos.

La obra literaria de Octavio Paz ha sido reconocida internacionalmente con el Premio del Festival de Poesía de Flandes (1972), el Premio Jerusalén de Literatura (1977), el Gran Águila de Oro del Festival Internacional del Libro (Niza, 1979), el Premio Miguel de Cervantes (1982), el Internacional Menéndez Pelayo (1987), el Premio Alexis de Tocqueville (1989), el Premio Nobel de Literatura (1990) (siendo el primer mexicano en ser galardonado con esta distinción), el Premio Príncipe de Asturias (por la revista *Vuelta*, 1993) y la Gran Cruz de la Legión de Honor de Francia (1994), la más conocida e importante de las condecoraciones francesas, establecida por

Napoleón I para condecorar a hombres y mujeres, ya sean franceses o extranjeros, por méritos extraordinarios realizados dentro del ámbito civil o militar. Ante este enorme reconocimiento, y por la concepción y lucha por un México mejor desde la trinchera intelectual, es de extrañar que los legisladores mexicanos se hallan negado a inscribir el nombre de Paz entre aquellos ilustres de nuestro pasado como nación, porque la democracia también tiene sus heroísmos pero éstos no requieren de la violencia o de las armas para consolidarse. Hoy, los héroes en tiempo de paz también deben ser reconocidos porque son ellos en fin de cuentas los que construyeron el México que ha perdurado, el de la justicia de los tribunales y no la de la propia mano, el de las instituciones formadas por el acuerdo y no por la imposición, el México en el que también la poesía y la razón salgan de los libros para tener un reconocimiento justo, un lugar a la altura de la memoria de una gran nación. En líneas del poeta y ensayista Armando González Torres,⁶ la personalidad intelectual de Paz “nos recuerda que la salud de una vida pública descansa en el interior de sus protagonistas y radica, primeramente, en actos de examen e higiene intelectual”.

Por fortuna, más allá de lo atinado o desatinado de la decisión de los legisladores, las

generaciones de la literatura mexicana del nuevo siglo continuarán nutriéndose con la lectura de su obra, en las aulas de la Universidad Nacional Autónoma de México se seguirán estudiando su poesía y sus ideas sobre el papel del intelectual en el mundo moderno. Su firme posición crítica es un llamado a la independencia, a la imaginación y a la universalidad, cualidades que son hoy más necesarias que nunca, sobre todo en un mundo como el actual, acechado por la intolerancia y el desprecio a la inteligencia. **B**



⁶ *Las guerras culturales de Octavio Paz*, Editorial Colibrí, México, 2002.